

Ayer y Hoy

Pedro Antonio González, el olvidado

Por Bernardo Camus Saldías

* Ningún poeta más significativo de los albores de nuestra verdadera literatura que Pedro Antonio González. Nacido en Curepto, el 22 de mayo de 1863, viaja a Santiago para completar sus estudios. Es adolescente y ya esa maravillosa y trágica enfermedad, la poesía, empieza a hacer sentir sus primeras dolencias.

Estudia leyes, pero sus estudios quedan inconclusos; y el poeta para vivir dicta clases particulares. Perdida la fe religiosa y abandonado de su protector, la bohemia lo acoge en sus brazos y convive con ella en buhardillas, bares y cantinas miserables. En compañía de Marcial Cabrera y Enrique Oportus, sus íntimos amigos, publica y perfecciona su lírica.

En el desorden de su vida conocerá a Ema Contador, gentil estudiante, a quien dedica sus poemas más sentidos:

"¡Ema! Perdona que yo a solas llore/ cuando tu imagen en silencio evocó./ Perdona que yo te ame, que te adore/ con el delirio de un poeta loco".

Y en sus pensamientos tumultuosos y vibrantes escribirá con pasión:

"Perdona que yo me atreva a confesarte que no puedo vivir sin comprenderte;/ que no puedo vivir sin adorarte; que no puedo vivir sin poseerte...".

La inspiradora de tales versos no puede huir al hechizo del poeta, sus trece años le invitan a soñar. ¿Y cómo no amar a un hombre de pensamientos delicados y de vida triste? Ella también ha leído "El Album", dedicado a su prima Elvira:

"Oh, cuántas veces no me dijo a solas:/ ¿Por qué está siempre tu semblante adusto?/ Hallas a Dios para contigo injusto?/ ¿No amas el bien, la luz, la creación?/ ¿No tienes corazón ni pensamiento?/ ¿Heredó para siempre tu alma extraña/ la salvaje aridez de la montaña/ donde meció tu cuna el aquilón?".

Ante tales conceptos, ella sólo sabrá amar al poeta iniciador de una corriente nueva en la lírica chilena: el modernismo. Contrae nupcias y ese hogar destinado a cobijar sólo amor y alegría (él, poeta; ella, adolescente), se torna mediante los delirios del alma atormentada del vate en un crudo e inhóspito yermo. Ella termina por huir; él, sin esperanzas, quizás escriba:

"Yo cruzo la noche con pasos aciagos/ sin ver brillar nunca la estrella temprana/ que vieron delante de su caravana/ brillar a lo lejos los tres reyes magos./ ¡Quizás soy un mago maldito! Yo ignoro cuál es el Mesías en cuyos altares/ pondré con mi lira de alados cantares/ mi ofrenda de incienso, de mirra y de oro".

Hay en la lírica de Pedro Antonio González la profunda tristeza y soledad en que tuvo que debatirse; los sueños violentos de su vida, su desorientación cósmica con lo armonioso y sutil se mezclan a la pasión incontenible de su astro. Por su vida fue un romántico; por su obra, un modernista. Pero no se le califica así. Lo más justo sería decir que el Modernismo en Chile lo inició un romántico.

La juventud actual lo desconoce; existen Neruda, Efraín Barquero, Arteche y muchos más. Pero tal olvido es injusto para el poeta que al morir en la sala común de un hospital, el 3 de octubre de 1903, deja una obra que aún no se ha revisado como antologarla, ni de la cual se ha tenido la preocupación de enseñarla a la generación actual

